

31. ENTRE LAS ROCAS Y LAS SOMBRAS DE LA CAVIYERA: DE LOS PONTONES A LA VACHOTA POR LOS DESFILAEROS DE FOZ

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** plaza de la iglesia Los Pontones, sobre las 9 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** mismo punto, hacia las 7 de la tarde.
- **PARAJES DE INTERÉS:** Traslacruz, La Cuandia la Muesa, Foz, El Castiichu, Pena Mermeya, La Caviyera, El Picón de las Doce, El Siirru las Babianas, El Cheu...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio-alto, pues, aunque no hay pasos malos, en días de calor, la subida por La Caviyera hay que llevarla con calma.
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** verano, con vaqueros en las brañas. También en el otoño, con los tonos combinados en La Caviyera.
- **TIEMPOS:** la ruta de ida y vuelta la hacen los vaqueros en 5-6 horas.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Salimos del poblado hacia Traslacruz, cruzando uno de los puentes que dieron nombre al pueblo: el *pontón* sobre el río Güerna (otro *pontón de maera* estaba sobre el río Foz).

Entre las casas remozadas de Traslacruz

En pocos minutos, llegamos a Traslacruz por la carretera vecinal, bien *pindia*, para empezar. Conversamos con los vecinos sobre los detalles de la ruta, al tiempo que apreciamos el remozamiento del pueblo: algunas casas fueron recuperadas para alojamiento rural (Marisa y Luis), en un estilo cuidado y acorde con el entorno *llariego* de montaña.

Salimos de Traslacruz a la derecha de las casas cimeras, por un amplio camino que se une, pocos metros más allá, al que sube de

Los Pontones, en dirección a Foz (justo al sur).

A medida que nos separamos del poblado, el suelo se vuelve en trozos arenoso, de *pedra oxiza* —que dicen por aquí—; cuarcita normal —según los expertos—. Pasamos El Quentu l'Arenal (que no necesita explicación, por tanto), al que acudían los vecinos de estos pueblos a tomar arena, lo mismo para la construcción, que para la limpieza de la casa.

Y escondido tras la cuandia, el valle de Foz

Un poco más arriba, en La Cuandia la Muesa, hacemos un primer alto para observar el vuelo acompasado de un par de alimoches hacia Cabel (valle derecho subiendo). Y ante nosotros, la escondida depresión de Foz: todo un valle de fincas en el estrecha-

miento que forma el río entre Pena Mermeya (a la izquierda), L'Abiular (al fondo), La Caviyera (más a la derecha).

Dejamos la senda que asciende hacia Cabel, Tixirúa, La Tesa... Con la vista en La Caviyera, descendemos hasta los primeros *praos* de Las Chinariegas (tierra del 'lino', el *tsimu*), y en la primera bifurcación arrimamos a la derecha por un amplio camino bien conservado que va llevando a la *foz*.

Nos detenemos en la cuadra de Las Chinariegas para observar los dibujos tallados en el *cuarterón de la puerta*: varios caballos, un rostro de mujer, una paloma abatida por una flecha, y un perro al pie. Las iniciales: BGG. Seguimos camino arriba, pensando en el grabado que traduce con detalle las preocupaciones de algún vaquero en las horas muertas de la braña.

El río Pancuyareo: donde reaparecen las aguas y las leyendas del Puzu la Vachota

Ya en El Quentu Chinarín, percibimos mejor el murmullo del río Foz, una vez fundidos en uno los regatos de Pancuyareo, El Cherazusu y La Fontona. La pedrera, bien conservada, con sus calizas gastadas por el tiempo, y sus vetas blancas sobre fondo gris oscurecido, se empuja poco a poco hacia el hayedo.

En uno de los rellanos brota el río Pancuyareo a *calderaos*. Ya recordamos este punto al pasar por El Puzu la Vachota. La reaparición ruidosa de las aguas de la braña cimera, tras un desnivel de unos 600

m, tiene el encanto del manantial sonoro, que brota a borbotones bajo las rocas. Calculamos unos ocho litros/s, en pleno verano.

Retomamos la senda entre las últimas cerezales del valle, por los *parrotales* a la izquierda del regato, completamente seco de allí hacia arriba (canta un *gleyu*, el arrendajo, *Garrulus glandarius*). El camino está poco transitado y cada año un poco más estrecho entre las ramas. Los vaqueros suelen subir más bien por la derecha, entre unas fincas cerradas de pared.

El nombre Pancuyareo: el pando de las cuyares

Pronto damos por los *fayeos* en L'Utiru, para comprobar un dato: el origen del nombre Pancuyareo. Nos habían dicho en el pueblo que los vaqueros hacían, tiempo atrás, utensilios para la casa, con la abundante madera de *carrascu* y *tixu* producida en la loma del montículo calizo en pando.

Pudiera servir, ciertamente, la calidad de aquella madera en suelo calizo, como referencia del topónimo: un arroyo renacido a la falda de un *pando* (rellano alto y cóncavo), apto para utensilios tan delicados como *las cuyares*, *las garfíechas*, *las escudiechas*...

En uno de los claros del bosque, nos fijamos en la abundante *patachoba* (tal vez, *Ranunculus bulbosus* L): una pequeña planta con hojas trilobuladas y tridentadas, sin duda motivo de comparación popular con la pisada esparcida de los lobos.



Las horas estiradas de la braña: un cuarterón talláu en Foz

Salimos del Quentu l'Utiru por cualquiera de las sendas, hoy trilladas por los abundantes *xabalinos* que deducimos de sus huellas en todas direcciones por el acebal. Deben tener comprobado los *xabalinos* que en el pando del Utiru (lat. **altariu**), protegidos por los *acebos*, tienen asegurada la vigilancia y la siesta al mismo tiempo (por supuesto, sólo encontramos rastros).

La Vachina las Mantegas: en homenaje a muchas peripecias, hubo de florecer el nombre en el hayedo

Siempre en dirección sur-sur-deste, enlazamos poco más arriba con las otras sendas procedentes de la vertiente derecha de Pancu-yareo. El camino unificado se vuelve, hayedo arriba, abierto y ancho, con el trasiego estacional

hacia las *cabanas* de La Mata. Subimos despacio, al ritmo marcado por el silencio de las *fayas*.

Al paso por La Vachina las Mantegas, no podemos menos de hacer un alto en homenaje al nombre, según lo interpretan estos pueblos del Güerna: que una carga de *mantegas comprás en los pueblos de Babia*, se fueron monte abajo con la caballería despeñada por el precipicio, en un traspié del animal.

El resultado: una *muyer esconsolá* –nos contaban en Teyeo–, con los *güeyos perdíos en pos de tantos riales, ilusiones, chágri-mas, arramaos vachina abaxo, un día de inverná*.

En homenaje a tantas mujeres y peripecias del camino, siempre de paso entre los pueblos lenenses y los mercados leoneses, hubo de florecer, con todo derecho, el nombre en el hayedo.

En el asiintu los vaqueros: al olor de las fayas, y al murmullo de la cascada

Tras las pendientes de La Senda, el camino se relaja en el *vayo* (en el vado) del arroyo. Nos refrescamos buen rato sobre las *chá-banas* musgosas, al rumor chasqueante de las pequeñas cascadas, casi verticales sobre el vado del camino.

Y nuevamente oxigenados al olor de las *fayas*, retomamos la senda que asciende amplia por la campera del desfiladero (la *foz* que dio nombre a la vaguada): a un lado, a la izquierda subiendo, La Penalba, El Picón de las Doce (sin sombra al mediodía, de donde el nombre como *reló* de la braña); a la derecha, las calizas de Sobrolagua, El Praón, Vachina Agria...

Hacia el medio de la escampalada queda El Asiintu los Vaqueros: un rellano entre la pradera y las rocas (junto a otra cascada), punto de confluencia entre los vaqueros que subían y bajaban del puerto.

En este punto de la pendiente, sin cita previa, intercambiaban vaqueros y vaqueras sus novedades (noticias del pueblo y de la braña, amores, o desgracias...). Sin duda hacían más leve la andadura en las dos direcciones del día y del bosque.

Entre el frescor y la brisa de la *foz*, pasamos en pocos minutos por La Fuente'l Mal Tiimpu, de la que dicen en estos pueblos que sólo entra en agua cuando va a cambiar el *tiempu*, o amenaza la *inverná*. Nos vamos con la duda de

fuelle tan programada. De momento sigue *escosa*.

Y La Cuandía'l Turnu en la confluencia de dos parajes: de la angostura de la foz, a la holgura de las camperas

A lo cimero de la *foz*, La Caviyera culmina en La Cuandía'l Turnu: un saliente rocoso, gastado en parte por el estrechamiento del camino. Desde el *muñón* saliente de la *cuandía* (de donde el nombre), divisamos a un tiempo las angosturas de la *foz* y las camperas de La Vachota, en un contraste de parajes a la falda de La Tesa.

Con la *cuandía* ('paso escondido, entre peñas...') se divide la andadura y el paisaje: atrás queda la angostura del desfiladero; en adelante, la amplitud de las camperas.

Y, tras la *cuandía*, cambia también el arbolado: las *fayas* gruesas y multiformes, más o menos retorcidas o espigadas bajo la *foz*, dan paso, hoy, a los únicos arbus-tos supervivientes en las camperas de La Mata (a lo fondero de La Vachota). El propio nombre sirve de recuerdo para lo que hubo de ser tupido bosque.

Efectivamente, hoy quedan en la braña de La Mata arbustos contados: algunos *ablanos*, *mostayales* (*Sorbus aria* L.), *bruselares* (*Ribes uva-crispa* L.), *escuernacabras* (tal vez, el bonetero, *Euonymus europaeus* L.), *salgueros*...

Recuerdan los vaqueros de Teyeo, en cambio, que oían a sus

abuelos hablar de cuando se cortaban robles y *fayas* en las riberas del arroyo por encima de La Cuandi'l Turnu (lo que hoy es pradera limpia bajo El Cheu).

La leyenda del Siirru las Babianas

Frente a las *cabanas* de La Mata, a la izquierda del regato (subiendo), pasamos junto al Siirru las Babianas, del que nos habían contado en el pueblo la pequeña historia: que dos mozas de Babia regresaban a sus tierras leonesas, cuando fueron atrapadas por un imprevisto temporal.

Las mozas infortunadas se resguardaron en la covacha del *siirru* (un peñasco), pero la nieve arreció varias semanas. Bloqueado, poco a poco, el camino a Traslacruz por La Caviyera, y desdibujada la senda por la llanura de La Vachota,

perecieron las dos babianas con las ventiscas.

Tras el invierno —nos contaba en el pueblo una abuela, antes vaquera— reaparecieron los restos en la *serraspa*. Quedó, una vez más, el nombre en homenaje a las peripecias (reales o sentidas) por las brañas.

Convivir con el viento

Al margen lo verosímil de la leyenda (el “*yera y nun yera...*” de nuestros entramados relatos asturianos), los vaqueros y vaqueras del Cheu y de La Mata tenían estudiados los problemas de las ventiscas, los *aines*, los trabes, los vientos, en la vaguada. Con mejor o peor ceño, había que convivir con ellos, más o menos, una buena parte del año.

Sirva como ejemplo de sus cavilaciones con el viento el nom-

bre que pusieron a un manantial justo sobre El Siirru las Babianas: La Fuente Venta Culos (del todo orientada al norte).

Según la voz en estos pueblos, el nombre está motivado por el fuerte viento norte, tan recio en la bajada por el canalizo de La Mata, que no deja caminar de frente: hay que *baxar d'espaldas*; y así y *too*, *vuélvete otra vez de culo camín de las cabanas* —nos contaban con gracia.

Por los meandros de un nombre: Los Trabancos

Serpenteamos a discreción entre los meandros de Los Trabancos, un nombre más que nos explican luego los vaqueros: cuando vienen los *hinchentes*, la broza arrastrada por las aguas bloquea las curvas y recovecos del río; es decir, forma *trabancos* en los meandros ya dibujados bajo El Cheu. Entonces, las aguas se dispersan fuera del cuace por las riberas casi llanas en su descenso a La Mata.

Ya en el invierno, las ventiscas y los vientos, acumulan espesos trabes que pueden prolongarse meses entre La Cuandia'l Turnu y las cabañas. En años de nieve, los *trabes* no se deshacen del todo hasta bien entrada la primavera. *Váyense, así, los trabancos.*

Los cardos, ya floridos, junto a La Fuente'l Cardaal

Pasados Los Trabancos (derecha del regato subiendo), brota fría La Fuente'l Cardaal, que ne-

cesita poca explicación, con sólo mirar los cardos azulados que adornan las camperas.

Hasta los cardos tenían su función en la braña. Todavía recuerdan en algunos puertos que, una vez bien secos y molidos, se trituraban para el ganado en morteros de piedra o de madera. Y hasta sospechan algunos mayores si, en épocas de escasez extrema, no los habrían de comer en las *cabanas* a falta de *farinas*. En la braña quirosana de La Cardosa recuerdan algún mortero para estos cardos.

La soledad del último acibu en una braña

Son casi las dos de la tarde, cuando llegamos, por fin, a las cabañas del Cheu: *el chegu*, con bastante agua a comienzos del verano, que vemos al lado). Aunque la *fame* cosquillea en el estómago, nos detenemos, todavía, en unas cuantas *xanzainas* (genciana) dispuestas a florecer ante La Fuente l'Acibu y por La Vega Lacosa (*lacustre* y apantana en los *hinchentes*).

Miramos alrededor por si algún ejemplar de *acebos* quedara para contarlos. Y en efecto, sobre La Fuente l'Acibu resiste como puede la última parra de *acebos*, irremisiblemente condenada tras la loma a su soledad indefensa frente a los dientes de los ganados, a las imprudencias de las quemadas, a los *aines*: a la nada.

Y bajo el cielo de La Tesa, llegó la hora del bocata. Sin *gorgutar* palabra, desde el umbral de la *caba-*



El río Pancuyareo: entre las aguas y las leyendas del Puzu la Vachota

na de Marcelino seguimos “leyendo” los nombres más florecientes de la braña: La Floría (*peornal* intensamente amarillo todo el verano y parte del otoño); Los Meruxales de Riba y de Baxo: con los mantos de *meruxa* (*Stellaria media* L), cubiertos de flores blancas...

Los secretos del agua al otro lado de Pancuyareo: el descenso por La Fontona

Sobre las 5, repletos de sol, aires, aguas, vistas, y nombres de camperas, relajados los pies un par de horas por el *regueru* de *renacuayos* y *xaroncas*, retomamos el camino de Lacosa y Los Trabancos, sin dejar de echar un trago ritual en cada fuente visitada.

Siempre en dirección este, embocamos pronto La Caviyera,



Las revueltas de La Caviyera entre las fayas de la foz

L'Asiintu los Vaqueros... Cruzamos de vuelta el arroyo, y desandamos los vaivenes de La Senda.

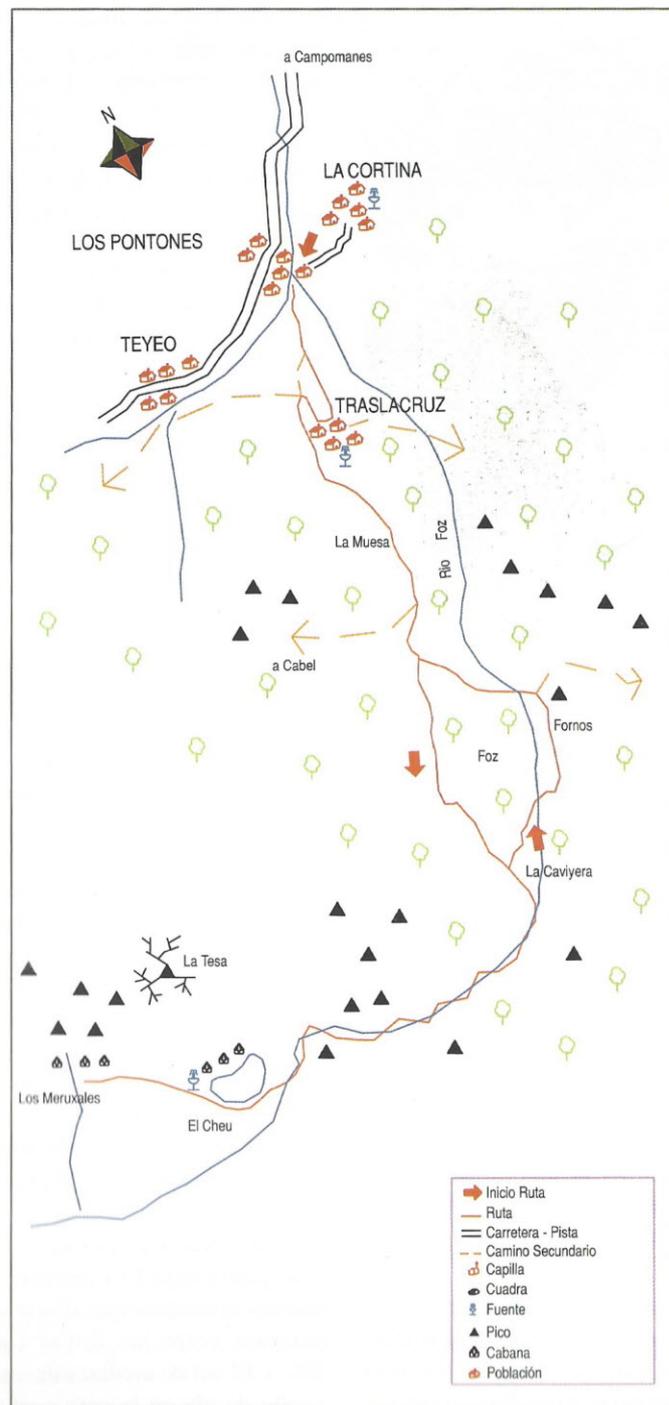
A pocos metros del *regueru*, dejamos el camino que sigue a la izquierda horizontal, para lanzarnos hayedo abajo (más bien a la derecha), por una senda empinada hacia los *praos* de Fornos y Raucán (a lo cabero del valle de Foz).

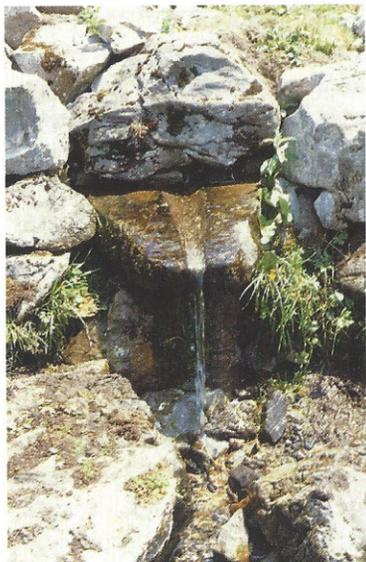
En unos 15 minutos, cruzamos de nuevo el río de La Caviyera hacia la derecha, seguimos camino abajo, y frente a la primera *cuadra*, escuchamos el rumor intenso de las aguas que brotan abundantes de La Fontona (manantial simétrico al de Pancuyareo, separado por el altozano del Utiru).

Las aguas de la La Vachota renacen aquí también a borbotones bajo las peñas y las raíces de las *fayas* (*gorgochean*), como al otro lado del otero en Pancuyareo (tal vez, serán las mismas corrientes subterráneas). Pero son aquí más abundantes: calculamos, a juzgar por el arroyo, unos ocho calderos por segundo (unos 80 litros).

Una espesa capa de *berros* (muy frescos y gruesos entre tanta agua) flanquea los laterales de los regatos improvisados, al tiempo que parecen buscar afanosos algún rayo de sol entre tanta espesura y humedad bajo el *fayeru*.

Bosque y valle abajo, se forma un buen caudal con los dos regatos unidos: el de Pancuyareo y el de La Fontona. El resto del camino por la vaguada de Foz corre parejo al murmullo de estas aguas entre *morrillo y morrillo*.





La Fuente l'Acibu, ya casi sin *acebos alreor*: El Cheu la Vachota

El Yenu los Ablanos y L'Arandanal: los imprescindibles lugares de frutos en el verano

Seguimos desde La Fontona camino abajo hasta la bifurcación entre El Castiichu y la *cuadra*: un castillo a la falda de una peña, entre leyendas de *oro* y de *molinos*. A la derecha, sobre el arroyo del Cherazusu, quedan lugares que nos recuerdan con sus nombres la única forma de amortiguar la *fame* en estos altos de las brañas: los frutos silvestres de cada temporada.

Sobre nosotros, a la izquierda del arroyo, subiendo al Carrizal, está El Yenu los Ablanos: ese tipo de avellanas más dura (*Corylus*

avellana L), alargadas, puntiagudas, y de fruto más pequeño, más sabroso, y más resistente a los rigores de la altura que las *ablanas*.

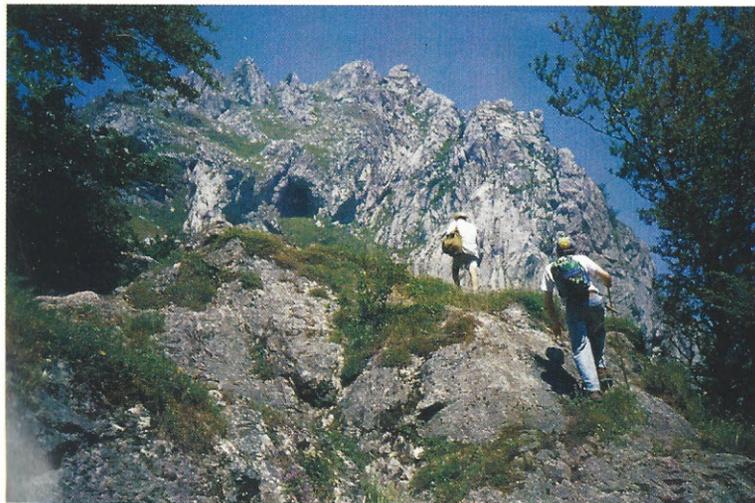
A la derecha, L'Arandanal, para saborear los arándanos (*Vaccinium myrtillus* L), muy apreciados entonces, por la *fame* que mataban en el otoño, lejos del armario de casa (y sin bocata). Muchas páginas podíamos rellenar con lo que saben de los frutos silvestres los mayores de estos y otros pueblos asturianos.

Entre el calor de Fornos, y el color de Pena Mermeya

Antes de seguir camino, pensamos en el curioso nombre de Fornos: aquellos *praos* en la cabecera de Foz, encerrados entre Raucán y L'Utiru.

El calor almacenado del día a estas horas postreras de la tarde, y los sablazos de los *tábanos* (*Chrysops caecutiens*, *Haematopota pluvialis*...), nos llevan a pensar (entre otras posibilidades) que el nombre es oportuno: unos lugares caldeados desde la mañana a la tarde, en una depresión rodeada de ramajes, sin otras corrientes que las aguas del río o por La Cuandía. A ciertas horas del día, entre la humedad y el sol, los *tábanos* disfrutaban a sus anchas en estos *fornos*.

Y ya, hacia Tras la Cruz. Junto a la cuadra bajo El Castiichu, tomamos el camino que discurre al noroeste entre las fincas (unos 300°). El sol de mediatarde va cayendo de ala en la cara oeste de



La Cuandía, Tuíza

Pena Mermeya. Entendemos mejor a esta hora el nombre de la peña: unas peñas rojizas, *furrumientas*, *bermeyas*, por la cara más expuesta al poniente.

Atravesamos el valle entre el aroma de la *hortelana* (el marrubio, *Marrubium vulgare* L), al cobijo de los muros que flanquean el camino. Cruzamos un par de *pontones de maera* a la antigua usanza (supervivientes de los que dieron nombre a Los Pontones), y salimos de nuevo a La Cuandía la Muesa.

Y de Foz y Las Fociyeras, al puyu del portal en Traslacruz

Contemplamos desde el cantizal de La Muesa el prolongado estrechamiento del río, que continúa por Las Fociyeras (angosturas más pequeñas que las de Foz). Por Las Fociyeras ascendía, antes, un

camino secundario (ahora cerrado en maleza) hacia Los Escalares, Rui Pin, Ganceo y el mismo Foz.

Entre *foces*, *colorinos* y *hortelanas*, son casi las 7 de la tarde, cuando damos entre los teyaos de Traslacruz. Mucho agradecemos en los *puyos de una antoxana* la amena charla con los vecinos y vecinas del poblado (Maruja, Antón, Matilde...), que amablemente, como siempre, nos matizan los últimos cabos sueltos de la andadura.

Y en pocos minutos, Los Pontones de nuevo.

32. LA MAGRERA Y PENA TOLÓBRIGA: POR LOS NOMBRES PRERROMANOS HASTA EL FIERRO (el magro) DE AQUELLAS PEÑAS

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** portillas del Alto'l Palo, sobre las 10 de la mañana. Ruta muy corta.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** mismo lugar a cualquier hora de la tarde.
- **PARAJES DE INTERÉS:** Pena Tolóbriga, cabanas de La Vachota, los pueblos del Güerna, desde los altos.
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** mínimo (ruta de escasas pendientes pronunciadas). Sólo unos 10 minutos de subida al Picu la Magrera.
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** cualquiera en el año, sin mucha nieve (preferible verano y otoño).
- **TIEMPOS:** los que se quieran emplear oteando las brañas y los pueblos desde los altos.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Sobre las diez de la mañana salimos del Alto'l Palo, una vez más pisando los entresijos del nombre. Es evidente que la voz *palo* no ha de referirse al asturiano común en la mente de todos (como se dijo en la ruta 6).

Por los senderos prerromanos: Tolóbriga, Güerna, Penubina..., el mismo Lena...

Con la vista hoy en unas camperas animadas de sonidos a estas horas, ascendemos en dirección este (unos 50°), hacia Pena Tolóbriga (Pena Tolondra en los mapas). Nos va llevando la senda, casi por la línea divisoria entre el Puerto Mieres y Lena, pareja al *pareón* de la *raya*.

A nuestra izquierda va quedando la vaguada de Acebos (el lugar del Monasterio), hoy dibujada entre los cercos de piedra que con-

fluyen sobre las *murias* de lo que fue rústico recinto monacal. Apreciamos ligeramente la planta de la capilla, justo a pocos metros bajo la espigada columna de hierros y cables sobre los *acebos* supervivientes.

Pronto nos encaramamos en el saliente de Pena Tolóbriga, por comprobar mejor la estrategia que lleva el nombre: desde la cima se divisa no sólo la cabecera del Güerna, en su conexión con las tierras de la Meseta, sino gran parte del concejo y del resto asturiano.

Desde los altos de Pena Tolóbriga intentamos “leer” también el nombre de la peña: tal vez, prerr. ***twr**, ‘saliente, montículo, altura’ + **briga**, ‘fortaleza’ (en los documentos, **Tilóbriga**), traducido en el actual Tolondra.

Y sin bajar de la peña, contemplamos otros nombres llegados a estos vericuetos mucho antes que los romanos: Güerna (prerr. ***orn-**, ‘agua agitada’), Ubiña, L’Albo

(prerr. ***alb-**, ‘altura, blanco’), el mismo Lena... (prerr. ***len**, ‘sueve, liso’).

Pero los nombres no llegaron solos: justo bajo Pena Tolóbriga, quedan las *murias* de las *corras* a lo fondero de Los Tapinales. Estas *corras* (que no se recuerdan como *cabanas*, lo mismo que las *corrás* del Meicín), guardan entre los *fellechos* la voz semiapagada de que aquí se asentaron los primitivos habitantes del Güerna. Los nombres nunca llegaron solos.

El fierro de La Magrera

Tras el rellano de Pena Tolóbriga, la senda se va traduciendo en calzada estrecha, a medida que nos acercamos a los yacimientos de La Magrera: un conjunto de pozas, más o menos dispersas por todo el cordal suroeste de la peña. Muchos vecinos del Güerna todavía recuerdan la extracción del hierro en estos altos.

Por todo el cordal de La Magrera (*almagre* en árabe, ‘arcilla roja’), la senda se vuelve del todo rojiza, y las piedras más, pesadas, cada una con su tono violáceo intenso, brillante según las caras.

Un poco de reojo, sorteamos la siesta de un par de mastines que han tomado la senda por hamaca (sin quitar, ellos tampoco, un ojo del rebaño ni de nosotros). Cumbre arriba damos derechos a la cima, por la vereda que se arrima al medio de la peña (cara surdeste, a unos 120°). En diez minutos, estamos en la explanada cimera junto al buzón (1931 m).

Escudriñar el valle desde la altura: poblados, escenas y otros cuadros

Cómodamente instalados en la altura, recorreremos (ahora con la vista) los parajes del valle: abajo, los poblados del Quempu, Rios-paso, La Cruz..., al modo de iconos agrupados por el ordenador en los espacios menos dados a los cultivos. Más al noroeste, las Ubiñas, al este, Cuitu Nigru...

Mientras *espiricamos* algunos *cacagüeses* y *frañimos dellas ablanas*, contemplamos escenas bien enfrentadas en la braña. En contraste con el sosiego verde y soñoliento de los ganados *al miriu* del mediodía, una nota discordante: un par de *todoterrenos* merodean al azar por la campera impecable, serpenteando entre los ganados inquietos ante la gracia del juegucito.

A la vista del espectáculo, se diría que los *taper* de la tortilla pesan tanto que no pueden ser transportarlos unos metros a la sombra entre los *peornos*, y merendar sin más fatigas (sin mesas, sin sillas, sin sombrilla, sin tele, sin radio...), sentados sobre la yerba.

Y, tras los entremeses de entrada, pasamos al segundo acto: un *seudomotero* (sin duda no era un *motero*) triunfa en la “gran hazaña” de cruzar ruidosamente, a toda pastilla, entre El Carbayal y Las Vegas del Puzu. “Admiramos” desde el alto la otra parte del escenario; “admiramos” los actores, las fintas, el ingenio de los motores sobre la braña. Admiramos el “gran” espectáculo.

Con el sol de ala, entre los otros lenguajes de La Vachota

Decididos a compensar los desastinos, y ruidos contaminantes, con la conversación más sosegada de los vaqueros, seguimos la senda entre los riscos de La Magrera. Casi al final de la cresta, antes de los cortes frente a La Mesa, descendemos a la derecha en dirección a las *cabanas* de Mayá Vieya.

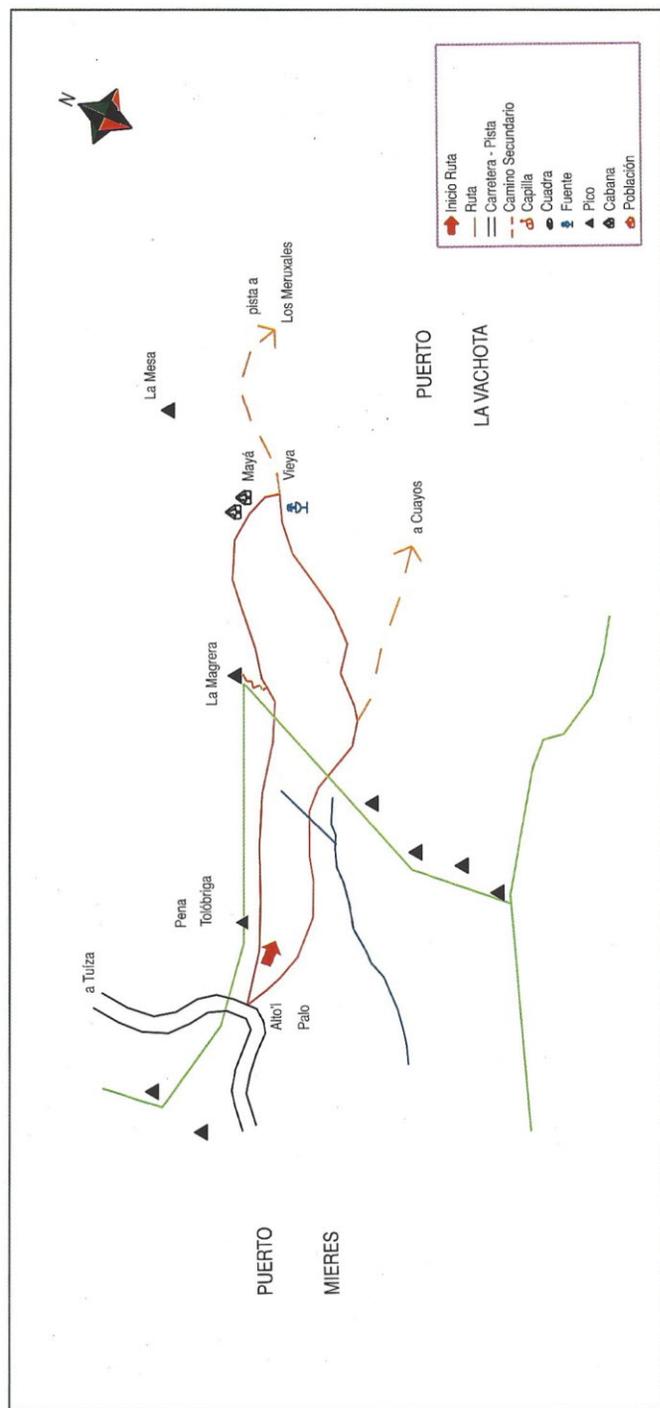
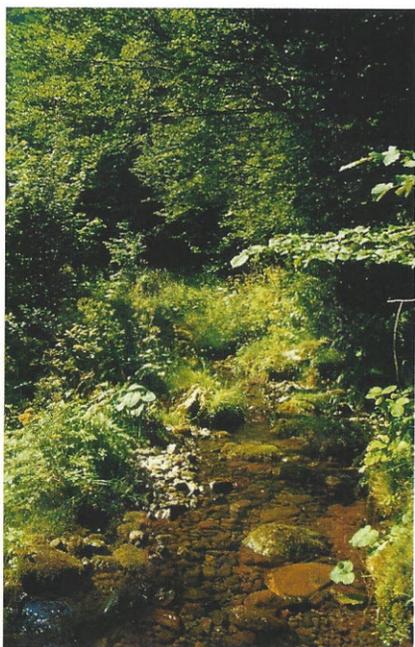
Es mediatarde, y vamos bien de tiempo, por lo que platicamos por un buen rato con los vaqueros de la *mayá*: Manolo, y Quico (que, por cierto, hace poco se lo llevó para siempre el invierno, con tantos veranos de cabaña).

Hablamos de casi todo: de plantas raras en estos altos: el *lique*, el

blime, *l'arzolia*...; de las yeguas incontroladas (sin marcas acordadas, claro); hablamos de los potes de la braña, con tanta rueda suelta por la campa; hablamos de los parques nacionales, de los *chobos* y *xabalinos* que arrasan y abrasan las praderas.

La tarde se estira por los *mayas* de La Vachota, al tiempo que los ganados se citan con sus lenguajes junto a las fuentes; o los *tarrales*, (los terneros) surgen de improviso en el matorral, a la voz inconfundible de cada madre: la hora del biberón a su medida.

Ya con el sol de ala, desandamos el camino por las sendas paralelas a la pista. Y, sin prisa alguna, vamos llegando al Alto'l Palo.



33. UN PASEO A LA TESA, POR LA SENDA DEL LIQUE (LA PLANTA DE LOS CATARROS)

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** otra vez el alto'l Palo, sobre las 10 de la mañana (para las sendas altas, cuanto más se madrugue, mejor).
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** el Alto'l Palo, sobre las 6 de la tarde (se puede llegar mucho antes).
- **PARAJES DE INTERÉS:** las brañas en torno a La Vachota (Maya Vieya, Los Meruxales, El Cheu, Cuayos, Las Navariegas...).
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio (no hay peligro en días sin niebla). Con la nublina ciega, mejor disfrutar sentados al mor y al fuiibu de las cabanas.
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** pleno verano o seronda temprana, con las plantas en su sazón por las camperas o entre las breñas. Con la nieve en Las Planas, sólo aquellos montañeros equipados.
- **TIEMPOS:** se hace bien la ruta en 3-4 horas (ruta muy corta).

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Salimos del Alto'l Palo a pie, una vez más y no por capricho: existe una pista, ciertamente, que casi nos aproxima en coche hasta las mismas *cabanas* bajo La Tesa. Pero creemos que no compensa el polvo levantado sobre los *peornales floríos* y praderas, al paso del *tantu tubu escape sueltu*, en trasejo tan innecesario.

El aroma refrescante del *axenxo* en la *xubía*

En menos de una hora, damos en *yano* a La Campa la Mesa, justo bajo la peña, de nombre tan poco necesitado de explicaciones. Por cualquiera de las sendas en travesera sobre la pista, nos vamos arrimando (siempre al nordeste) hacia la cumbre dividida por el *pareón cimeru* (derecha de La Mesa) que divisa El Güerna.

Por las camperas de Vachalampo (el valle que retumba en las tormentas junto al *fierro* de La Magrera), vamos dejando abajo las *cabanas* de Los Meruxales.

Un aroma intenso y refrescante nos lleva directos a las plantas del *axenxo* (un tipo de *artemisa*), muy usado, lo mismo en las *cabanas* que en las casas, como remedio infalible –dicen los vaqueros– contra las lombrices (un *vermifugo*, ciertamente, de lo más barato y natural). Tal vez, lo sepan también las vacas, pues lo comen con gusto por el otoño arriba.

En recuerdo de aquel niño que una niebla ciega apartó para siempre de su cabaña

En pocos minutos cruzamos el *portüichu* del *pareón*, y cambiamos de ladera: oteamos un buen rato, de cumbre en cumbre, lo que es

capaz de ocultar una *nublina* impenetrable, traicionera, sin entrañas.

Cómodamente arrimados al *pareón cimeru*, recordamos, una vez más, a Juanín de Riospaso: aquel niño de 9 años que una tarde *engurrioná* salió de La Vachota tras las *reciecha*, y nunca encontró ya la senda de vuelta a su cabaña. El abismo bajo la niebla lo fundió para siempre con la *pena* (y con la pena) de La Tesa.

Pero sobre los abismos de La Tesa están Las Planas, con nombre menos dado a los respigos, si no hay nieves ni nieblas. Subimos bien, casi siempre en travesera, hacia el este. A la izquierda, hacia abajo en cambio, van quedando los abismos del roquedal que se descuelga a Las Navariegas de Riospaso.

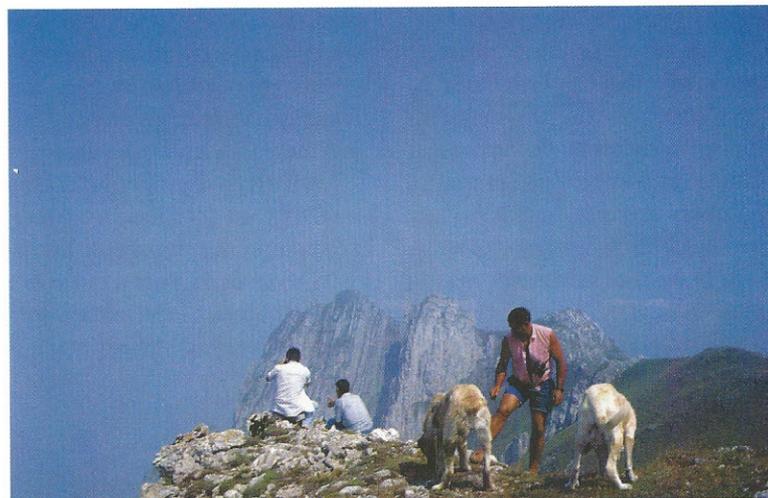
Nos explicamos el nombre de Las Planas: unas camperas que continúan en la palabra no sólo el cultismo latino (**plana**), sin modi-

ficación lingüística alguna, sino aquel sentido primero de ‘liso, rasoso, plano’, por muy empinado y *pindio* que resulte a la vista y a las botas. Que sea *plano* no implica que sea ‘llano’: ciertamente, puede ser bien ‘inclinado’ –siguen contando en las aulas–.

Por la senda del *lique*

Una vez más, aprendemos algo nuevo de los vaqueros que alcanzamos de camino (Jose, Secundino). Nos señalan aquí la planta del *lique*: una planta pequeña (unos 20 cm de alta), que crece en estas cumbres a la sombra y al cobijo de los *gorbizos*.

El *lique* es de un color entre grisáceo y pardo, parecido a la *carquexa* (*Chamaespartium tridentatum* L), con hojas retorcidas, acanaladas o en forma de pequeños tubos. Pero más se parece a un *liquen* tipo de la *Cetraria is-*



Por la senda del *lique* hacia La Tesa

nos acercamos a la cresta, disminuyen los arbustos, reducidos a unas últimas *gorbizas* y algunos *nieblos*, cada vez más agazapados y dispersos entre las calizas. La brisa y las ventiscas no les permiten otras florituras sobre estas *caliares* cimeras.

Refresca los pulmones un fuerte olor a *oreganina*, distribuida en manojos por esta ladera de La Tesa: es el *oriégano* más corto, que también hubo de adaptar su tallo a los rigores la altura.

Y, tras el buzón, de nuevo los iconos al otro lado del abismo. Otra vez con cuerpo a tierra, descolgamos la vista más allá de Las Navariegas. Y otras miniaturas: las casas de Riospaso, La Cruz, El Quempu, Las Tuízas..., agrupadas en las riberas del arroyo, o a media ladera.

Un paraje siempre distinto, desde la misma peña

Por un buen rato “leemos”, una vez más, los valles desde El Picu la Tesa. Se diría que no es la misma Tesa, o que el tiempo es parte del paisaje.

Cada subida a la peña, encontramos una “lectura” nueva: con la niebla en sala, cuando intenta romper el alba, o con el sol más reluciente al mediodía, entre los últimos neveros de las breñas, una es La Tesa.

Al apuntar los primeros rayos rosas en la *orbayá de la mañana*, o al volverse más *bermeyos* los últimos destellos centealleantes de la tarde sobre las crestas en la pe-

numbra del poniente, a punto de caer la noche..., hay otra Tesa.

En cada vuelta, en fin, la misma peña siempre ofrece un paisaje diferente.

Entre los juegos de las *mostaliechas* en el atardecer de las *cabanas*

Repuestas los ánimos con el bocata (las leyes del monte no son otras), desandamos los senderos, *camín de las cabanas*. De nuevo en La Yana l'Ascrita, tomamos ahora la dirección más bien suroeste (no volvemos por Las Planas). Las sendas van confluyendo en una más trillada que bordea El Quentu las Planas por la izquierda, y desciende a Los Meruxales de Riba.

En menos de una hora, agradecemos los *puyos* de las rústicas cabañas, mientras contemplamos los jueguecitos de una pareja de *mostaliechas* (la comadreja), dueñas del *teyao más fonderu*, tal vez ajenas o indiferentes a nuestro paso.

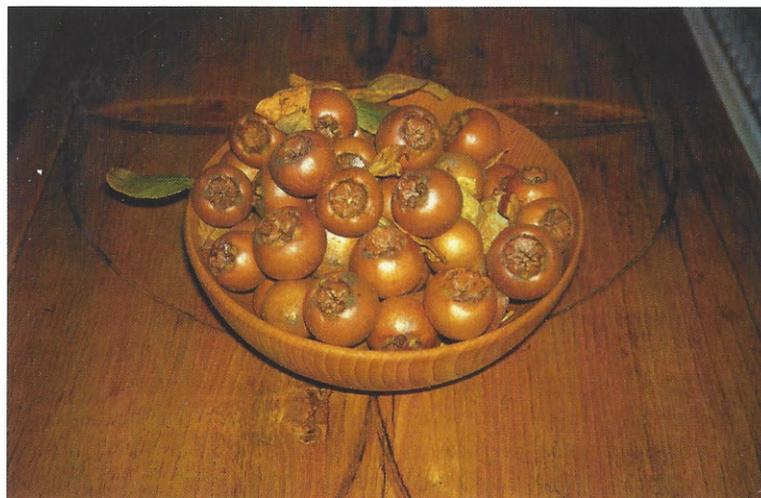
Las *mostaliechas* (*Mustela nivalis*) justifican el nombre científico por su color blanquecino (*nivalis*, ‘color de nieve’) por toda la parte entre cuello, la barriga y las patas traseras. Por esta razón, en otras zonas asturianas le llaman *papalba*, *papalbina*, *papalbietsa*...; es decir, de la *papá* blanca.

Nos cuentan los vaqueros que las *mostaliechas* no suponen peligro en las *cabanas*. Suelen merodear al atardecer por las *parés* o *los veyares*, a la caza de ratones, pájaros pequeños, reptiles y otros

bichos a su alcance. De modo que hasta son un beneficio para la estancia veraniega en unos edificios deshabitados la mayor parte del año.

Cuando la niebla empieza a merodear también entre las peñas, es-

tiramos la tarde con un largo rodeo entre los hatos de ganados que todavía sestean *seles* en los cantizales de la braña. Desandamos la pista hacia El Alto'l Palo, justo cuando ya la *nublina* nos echa de las camperas.



Los *carápanos*, tan *paicios* a las *peruyas*: un fruto híbrido de peral y espino